

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

SIGLO XIV.

No todo eran torneos y galanterías lo que sucedía en ese siglo; no todo eran heraldos, celadas, mandobles y hachetas de desarmar. Distingúíase, es cierto, por esas ideas caballerescas llevadas, como tantas otras hasta el extremo, señalándolo como edad media, siglo de barbaridad; pero en medio de esas lizas, de esos palenques y festines, de esas reinas, de esas dueñas y mongiles, rodrigones y meninos, había también castellanos graves, silenciosos y poco afectados en sus cortesías, reliquia de las antiguas usanzas, secos y tostados, rara vez la risa en sus labios belfos: que así se distinguían los españoles, especialmente los del reino de Leon.

¿Y quién al pisar su suelo, en prueba de lo que decimos, y al llegar al Berrocal de donde ya se descubre la pintoresca Salamanca, con sus elevadas torres y vistosos capiteles, no olvida la caballería y mal andanza, y se siente conmovido recordando su famosa universidad, cuna de la literatura española? Allí, pues, en ese siglo, y en medio de esa barbarie, concurrían á estudiar los ingleses, franceses y alemanes, que ahora nos miran desdeñosamente, y hay quien se ha permitido añadir que por un error geográfico pertenecemos á Europa: y de allí y en ese siglo salían esos jurisconsultos prudentes, esos circunspectos políticos, magistrados íntegros, teólogos profundos y diplomáticos inflexibles, que supieron mantener con dignidad el carácter de esta nación heroica, que tiene la gloria de haber dictado leyes á dos mundos.

Se sucedían, es verdad, esos amoríos y pizperetas que tan bien han cuadrado siempre á los escolares, y á que servía de carta blanca el manteo negro: había vítores y músicas á los rectores y á las hermosas, como se pintan en *Les mauvais garçons*; mas ¿cómo no suceder esas escenas donde estaban reunidos ocho mil estudiantes españoles y de otras naciones? ¿cómo no haber pendencieros donde solo en una aula se juntaban dos mil? ¿Por qué negarlo? Lo había. Pero en cambio creábanse allí varones sabios, hombres grandes y eminentes que por vida mía, á los siglos han llenado de admiración.

En esa época cursaban teología dos valencianos, que eran íntimos amigos. El uno de ellos estaba adornado por el cielo con el don de lenguas, de un espíritu religioso y profético, santo. Tenía además un talento precóz: niño todavía, refería á sus amiguitos los sermones que había oído en el templo, les inculcaba máximas evangélicas, les enseñaba el santo temor de Dios, y al concluir solía añadirles: — «¿Os ha gustado? pues ¿qué será cuando yo sea predicador?» Nuestros amigos, pues, aguardando un día la hora de aula, paseábanse juntos por las dilatadas galerías de aquella magnífica universidad; mas hé aquí que de repente se paran, y dice el uno al otro: — «Mira, tú serás papa: yo santo; y no pasarán muchos años sin que me coloques en los altares á la pública veneración.» ¡Será posible, Dios mío!... Así sucedió en efecto. Uno de los dos fue el papa Calixto III: el profeta, el santo, fue el valenciano Vicente Ferrer.

J. O.

MEJORAS PÚBLICAS.

LAS considerables mejoras que en todos sentidos recibe casi diariamente esta ciudad tanto interior como esteriormente manifiestan el celo y buen gusto de la autoridad municipal encargada de ello, y el de los particulares que hallándose en el caso de construir edificios de nueva planta no economizan gasto alguno para dar nuevo realce á este pais, privilegiado por la naturaleza. Este progreso tan halagüeño para todo buen patricio lo encuentra mas marcado aquel que regresa á ella despues de una larga ausencia; llenándole de satisfaccion la planta de la nueva plaza del Mercado, su enlosado y el del antiguo; los hermosos andenes de la plaza de la Aduana, que tanto llama la atencion de todos, por los grandiosos edificios que la van circuyendo; las lindas calles del Moro Zeit, del Rey D. Jaime y de la Conquista y otras varias obras que han hecho cambiar del modo mas ventajoso el aspecto de este caserío.

Otro tanto ocurre esteriormentè, con doble mas motivo; pues nuestra rica y risueña campiña, da un nuevo realce á cualquier atavío con que se la engalana; así lo acreditan los frondosos paseitos de la Trinidad y de Serranos que lo deben todo á la buena inteligencia de su distribucion y reducidos ornatos; y otro tanto y mucho mas nos prometemos del que se está construyendo en la Alameda antigua, junto al plantío, si como se nos ha asegurado, los dignos y celosos concejales, en vista de los resultados, cambian enteramente el plan que se les habia sugerido y adoptan únicamente lo que se practica en los mas nombrados de Europa; destruyendo por decontado el camapé continuo que ha principiado á construirse en el anden inmediato al paseo de carruages, de espaldas á éste y resto de la magnífica Alameda; el cual á mas de ser costosísimo, ha de causar el malísimo efecto de presentar un paredon liso, propio tan solo para servir de pretil y ofrece el ridículo aspecto de ver á nuestras bellezas y elegantes sentados de medio lado, casi como reñidos con los que prefieren disfrutar del paseo mas cómodamente sin bajar de sus elegantes carruages. La destruccion, pues, del malhadado camapé será acogida por todos como un singular obsequio bajo otro aspecto, porque obstruye la visual, no dejando ver mas de la mitad de un lindo talle y costosos trages, lo cual destruye tambien á medias la ilusion, é induce una responsabilidad con que de seguro no querrá cargar ninguno de los señores concejales: así lo hemos oido á cuantos nos han hablado de ello, conviniendo en que los dias de corridas de caballos, revistas, máscaras públicas y otras funciones tan análogas á aquel grandioso paseo, ha de ser todavía mas incómodo: pudiendo sí colocarse á proporcionadas distancias algunos bancos por el mismo estilo, de espaldas al jardin del plantío, lo cual presentaria á la vista la ciudad y todos los andenes y calles del gran salón sin el menor estorbo. Así se ha practicado en Madrid, destruyendo las obras principiadas bajo idénticas bases que la de que hablamos.

Igualmente el haber quitado los tránsitos ó cortaduras que tenia el referido anden y plantío para pasar al Casino del Sr. D. Mariano de Cabrerizo, y al camino de Algirós, tan concurrido en el verano por los que prefieren ir al Cañamelar y Cabañal por aquella travesía; nos ha parecido que lejos de producir

ningun buen efecto, ofrece un resultado enteramente opuesto: en cuanto al primero, porque destruye la hermosa avenida que presentaban la puerta de verjas, jardin y linda casa de dicho señor; y respecto al segundo, porque priva á los que se dirigen hácia el puente de Algirós de la comodidad de hacerlo por un anden cómodo, y no por el camino solitario, lleno de polvo y piedras, que corre á espaldas del referido jardin del plantío; debiéndose tambien advertir que dichas cortaduras, así como todas las otras que hay en los demás andenes de la Alameda, se dejaron con todo conocimiento para que pudiesen entrar y salir sin incomodar á los otros carruages los que quisieran dejar el paseo antes de llegar á sus extremos.

Estas ideas nos han sugerido de pronto las grandiosas mejoras que hemos indicado, así que, sin perjuicio de volver á hablar de cuanto vayamos observando, felicitamos por ello sinceramente al cuerpo municipal, tan acreedor por sus afanes y desvelos á la estimacion pública, única satisfaccion que puede servir de recompensa á quien se afana en obsequio de sus compatriotas.

Á UNA LÁGRIMA..

«Si vis me flere dolendum
est primum ipsi tibi.»

Acaba de brotar, ¡lágrima ardiente!
Despréndete por fin de esa pupila,
Y vierte, cual raudal de lava hirviente,
Tanto dolor que el corazon destila.

Acaba de brotar, ¿por qué te ocultas
Si ya rompiste el importuno dique?...
Corre, y el mundo cuya inercia insultas,
Sus sarcasmos crueles multiplique.

Si lenta fiebre al corazon abrasa,
Si amarga pena al corazon abruma,
Si un triste ser en el insomnio pasa
De horas de horror imponderable suma,

En vano la razon hablar pretende
Porque fuerza mayor la suya enerva.
¡Cual rayo que del éter se desprende
Corre, pues, sin temor, lágrima acerba!

Corre, lágrima, sí, que ya comprendo
Del ángel que te vierte la agonía,
Y quiero percibir del sentimiento
Los nobles ecos en el alma mia.

El mundo piensa que el destino blando
Dá á esa muger alfombras de esmeraldas;
Mientras tú, por su rostro resbalando,
Furtivamente su megilla escaldas.

Que es fuerza respetar las opiniones
Por mas que de lo justo se desvien,
Y ahogando dolorosas emociones
Reir muriendo como tantos rien.

¡Así ries, muger, tus amargas
En abismos del alma sepultando:
Mas el dolor que disfrazar procuras
Esa lágrima ardiente está probando!

Yo la miro temblar, y un ¡ay! profundo
De tu labio, taladra mis oidos....
No disimules mas.... olvida el mundo
Y acompaña mi voz con tus gemidos.

Llora, ¡tambien lloré! tambien un dia
De la noche en las horas solitarias,
Raudos cruzaron la estension vacía
Los ecos de mis preces funerarias.

Llora, maga, hechicera, que es consuelo
El llanto de los tétricos pesares;
Ya que merece un ser que tu desvelo
Esa ofrenda presente en sus altares.

Mientras tributo á tu destino llanto,
¡Feliz aquel mortal á quien le toca
El envidiable, de que en duelo tanto,
Suene su nombre en tu aromada boca!

Exhala tu dolor; ¡mísera amante!
Yo tu infortunio y mi infortunio lloro....
¡Mas por piedad, recuerda un solo instante
Que otro es ingrato mientras yo te adoro!

C. Villamartin Valiente.

ESTUDIOS FILOSÓFICOS SOBRE LA MUGER.

Los socialistas modernos han cometido un grave error, cuando han creído labrar la felicidad de la muger, dándola una esfera de accion mas ancha que la que hasta el dia ha tenido. Ellos creyeron poder compararla con el hombre en inteligencia y fuerza, y al hacerlo así, no solamente desconocieron los princi-

pios de toda moral, sino que se pusieron en contradiccion con las leyes naturales mas claras é inconcusas. La muger, física como moralmente considerada, está dotada de atributos especiales; tiene una esfera propia, dentro la cual puede vivir contenta y feliz, pero que no le es dado traspasar porque se secaria y consumiria como la planta arrancada de la tierra ó el pez sacado del agua. Todo lo que aleja á la muger del amor, la aleja de su felicidad: reasumid la vida de una muger feliz, y la hallareis esplicada con una sola palabra, amó: en la infancia amó á sus padres, en la juventud amó á su esposo, en la vejez amó á sus hijos. Entregarse á los negocios graves, consagrarse á la gloria ó á la ambicion, es ponerse en lucha con sus propios instintos, despedazarse el corazón con sus propias manos, condenarse al horrible tormento de Sisifo, siempre cayendo bajo el peso de la misma piedra. Formada la muger para el amor, todo en su organizacion contribuye á desarrollar esta disposicion de su alma. La sensibilidad y la imaginacion son, en efecto, las dos cualidades morales que la distinguen. Por medio de la primera, se acerca, se une, se identifica con los objetos; por la segunda, los embellece y los reviste de mil atractivos y encantos. En ninguna muger, por desnaturalizada que sea, dejareis de encontrar un rastro vivo de estas dos cualidades del alma. La muger que renuncia al amor, renuncia, por lo tanto, al único medio que tiene de enaltecerse y casi sobreponerse al hombre. En la mayor parte de los pueblos primitivos en que la fuerza era la única ley, la muger ha quedado prostergada y reducida á una vida oscura y mezquina. El cristianismo, ley de amor y de paz, ha sido la única religion que ha dado á la muger la dignidad que la convenia, porque la ha acercado y unido al hombre por medio del amor; y lo ha hecho en ella un deber para con sus padres, un deber para con su esposo y un deber para con sus hijos. El cristianismo, es, pues, la religion natural de la muger: por ella, como veremos, puede tener una verdadera supremacia en las sociedades modernas.

En varios pueblos de la antigüedad, y aun en la misma Roma, las madres mataban por sus propias manos á los hijos que nacen con alguna imperfeccion, y en Lacedemonia los entregaban, cuando estaban rodeados de todos los encantos de la infancia, á un consejo de ancianos que cuidaba de ellos en lo sucesivo, y que los arrancaba á la familia para darlos por entero á la sociedad.

Aun cuando no hubiese habido otra causa, ésta sola bastaba para esplicar la postracion y envilecimiento en que la muger se hallaba en las sociedades antiguas. Privarla del sublime sacerdocio de la madre de familia, era quitarla su único y verdadero imperio. Todo lo que se la diese fuera del hogar doméstico, era violentar sus disposiciones naturales. Sacad á ciertas aves á la luz del dia, y las vereis atontarse y desvanecerse: las fibras delicadas de sus ojos no están hechas mas que para la sombra. Del mismo modo la muger entregada á la Babilonia encontrada del mundo, á sus continuas revueltas y pasiones, con su organizacion delicada y sensible, y su imaginacion entusiasta y ardiente, debe enloquecer ó caer por tierra confundida, convertirse en vacante ó en cenobita.

Separándose la muger de sus hijos, renunciando al amor de madre, renunciaba tambien al vínculo mas fuerte, al misterioso lazo que une mas intimamente á los esposos. Los hijos son una cosa santa en el matrimonio: ellos son los que forman la verdadera familia, los que esparcen la vida y animacion en el hogar doméstico, el alma en que vienen á reunirse y encontrarse por el amor las

almas de los padres: como la tierra para Anteo, puede decirse que son, el punto mágico en que ambos cobran nuevas fuerzas para amarse.

Otra de las causas que influyeron notablemente en la degradacion en que estaba la muger, fue la *poligamia*. En los paises en que ésta se hallaba admitida, el marido no se unia á su esposa mas que por una inclinacion carnal, por satisfacer un brutal apetito. Tener muchas mugeres, era tambien un lujo, como lo es entre nosotros tener muchos caballos. Se exigia de ellas fidelidad, pero era solo por no crear dos voluntades absolutas é independientes dentro de una misma familia. Ann con todo, Caton, el mas virtuoso de los romanos, brindaba con la suya á sus huéspedes y amigos. Lo que ante todo se queria de la muger era qué tuviese hijos: hasta habia leyes que castigaban severamente á la que era infecunda. Cuando el sitio de Troya, que duró diez años, los griegos que asediaban la plaza temiendo la despoblacion que produciria su tardanza en volver á sus hogares, enviaron á los mas jóvenes para que hiciesen sus veces cerca de sus esposas. No se buscaba el amor en la consorte que se elegia, se buscaba la obediencia y la satisfaccion de una necesidad fisica. Los primeros pobladores de Roma, hallándose sin mugeres, cayeron sobre el pueblo de los sabinos, se apoderaron de las primeras que hubieron á la mano y las hicieron sus esposas. Estas parecieron avenirse tan bien, que cuando los sabinos vinieron á rescatarlas, hicieron ya partido con los romanos.

De todo esto se infiere que la muger como *esposa* estaba en una completa degradacion en la mayor parte de las sociedades antiguas. El cristianismo, pues, al crear la santidad del matrimonio, al hacer de la esposa una compañera inseparable del hombre, al unirla á éste por medio del *amor*, ha hecho mas por la muger que todas las religiones antiguas, y todas las escuelas filosófico-humanitarias que han aparecido en nuestros dias. Al mismo tiempo que la ha colocado en la obediencia y bajo la proteccion del marido, como el mas fuerte y el primero de la familia, la ha constituido en una igualdad moral, que la deja con toda la dignidad y representacion necesaria para poder ser la primera en el amor como es la primera en la obediencia. El grande paso de la emancipacion de la muger está pues en haberla dado igualdad de derechos y prerogativas con el hombre, en el único círculo en que la muger puede vivir y gozar, sin recelarse de los impulsos de su corazon.

Hemos visto que la muger como *esposa* y *madre* estaba en algunos pueblos de la antigüedad, sin medios de hacer valer las prendas de su alma, y mas que todo, colocada en una situacion violenta y normal. Vamos ahora á considerarla como hija, esto es, en las relaciones con sus padres, y veremos del mismo modo sofocados en ella los mas puros impulsos de su corazon. El artículo es ya demasiado largo y por esto seremos muy breves en lo que nos resta que decir.

El amor filial, el verdadero amor filial que el cristianismo enseña á los hijos, respecto de sus padres, no era bien conocido en algunos pueblos de la antigüedad. Saturno, devorando á sus hijos, simboliza muy bien lo que cada padre queria y podia exigir de los suyos. La ley que les daba el derecho de vida y muerte sobre ellos no es tampoco una ley de *amor*. Como en la muger, respecto del marido, se queria obediencia y sumision en los hijos, pero nada mas. El amor, esa renunciacion del *yo* en beneficio de otra persona, esa encarnacion del alma en otra alma, esa armonía íntima que hace que vibren dos corazones á impulso de unos mismos pesares y alegrías, el amor puro, desinteresado, in-

tuitivo, no era por cierto aquella obediencia que se exigía de los hijos, aquella sumision que *bajo pena de muerte* se les imponía. Hé aquí, pues, á la muger violentada tambien en esta escala de su vida. Verdad es que la naturaleza obra-ba casi siempre en ella, que el sentimiento filial germinaba en todos los corazones sensibles, pero cuando la naturaleza apagaba su voz, cuando á la vez se imponía silencio á la sociedad, se veía á Roma contemplan sin asombro el carro triunfal de Tulia pasar sobre el cadáver ensangrentado de su padre.

La hija, la esposa y la madre, esos tres estados de la vida de la muger, esas tres esferas dentro las cuales puede hallar un cielo su corazon sensible y apasionado, esas tres condiciones de su alma en las cuales puede desarrollarse toda su sensibilidad y vivir dentro de su naturaleza, eran casi enteramente desconocidas en la antigüedad. La muger por lo tanto debia estar destituida de todo imperio. Estudiemos, pues, todos los recursos, todos los medios que estas tres condiciones ponen en sus manos, y veamos si con ellas puede ejercer una verdadera supremacia, gozar de una verdadera felicidad, igualarse y casi sobreponerse al hombre, como hemos dicho al principio de este artículo. Veamos si con el amor, solo por el amor, por esa disposicion natural de su alma, puede acercarse á la sociedad y ejercer en ella una verdadera influencia, y un verdadero imperio. — *R. de Satorres.*

UN MISTERIO *.

Desde aquel dia padecieron ya dos corazones en la casa de las Rosas. Y no era, por cierto, el de la marquesa el menos digno de lástima; porque la secreta desesperacion de su hija era obra suya, y su inflexible honor, rompiendo los lazos que la unian con el príncipe, habia desarrollado en su pecho el gérmen de la enfermedad que la llevaba al sepulcro. Pero cuando la pobre alligida, abriendo, en fin, su corazon á su madre, le contó el amor que le tenia Odoardo, la apasionada escena de la iglesia de Sta. Isabel, entonces fue cuando comprendió la marquesa todo el mal que le habia causado. Aquel fatal, aquel odioso juramento que habia hecho el príncipe de vivir separado de su esposa, juramento arrancado sin duda por el imperio de un amor antiguo, habia caducado con la muerte de la mariscala: la felicidad de los jóvenes esposos debia ser hija de tantos infortunios.... ¡Y en vez de felicidad, separacion y dolor!... ¡Y por porvenir un sepulcro!... Triste cosa era ver á aquella madre, consolando á su hija, cuyas fuerzas se iban diariamente aniquilando, buscar en su jardin los sitios en que pudiera prestarle el sol su vivificante calor, y pasando largas y silenciosas horas en espiar en su pálido rostro las huellas de la enfermedad que la invadía, ó los raros momentos de una tranquilidad pasagera, que se desvanecía al instante.

Este triste estado de Blanca era obra de muy pocos meses, y en el caballero, confidente de la causa de sus males, habia renovado el antiguo pesar que le causara el papel que habia hecho en el drama de la vida de su joven amiga. Melancólico siempre y taciturno, le incomodaba la alegría de los niños; y éstos, con el instinto de su edad y su carácter, participaban del dolor general sin com-

* Véase la *Revista* anterior.

prenderlo, y se condenaban con frecuencia á un silencio muy impropio de sus pocos años. Cuando Blanca miraba á Edgardo, cuyas facciones eran cada día mas un vivo traslado de las del príncipe, era principalmente cuando se aumentaba su desesperacion y su mal; y su madre, á quien no se habia pasado por alto esta circunstancia, procuraba quitar de su vista al pobre niño. Mas Edgardo, que la adoraba, pasaba las mañanas enteras acurrucado junto á la puerta de su cuarto, acechando el momento en que se abría, para ir á abrazarla.

Una mañana, en que Blanca acostada sobre un sofá de la sala, colocado enfrente de una gran ventana abierta, y puesta su mano en la de su madre, le referia por la centésima vez con voz calenturienta, los pormenores de su entrevista con Odoardo en la iglesia en que se habian casado, entró de repente el caballero de S. Lorenzo, trastornado el semblante, y descompuesto el vestido, y les dijo:

— Escuchad una malísima noticia que echa por tierra mis mas gratos proyectos.... Hija mia, continuó dirigiéndose á Blanca, tenia resuelto marcharme, y dejaros á tu madre y á ti, para hacer un viage bien largo; mis preparativos todos estaban ya hechos.... Quería ir á Rusia, á San Petersburgo.

— ¡A verlo á él!.... exclamó Blanca incorporándose, y sintiendo reanimarse su vida.

— Sí, á verlo á él.... dijo el caballero: se lo hubiera contado todo, tu dolor, tu amor, y lo hubiera traído á tus pies, á tus brazos.

— ¿Y qué? dijo Blanca. ¿Y qué?

— ¿Y qué? respondió S. Lorenzo con tristeza; ¡que ahora es ya imposible!

Volvió á caer la cabeza de Blanca sobre su pecho, y desapareció de su rostro la sangre que lo acababa de animar.

— Yo esperaba, como todos los franceses, continuó el caballero, que Bonaparte hubiera dado muy pronto buena cuenta de los señores cosacos, y que iría, segun su costumbre, á firmar la paz en la capital de sus enemigos. ¡Pero, por primera vez, lo ha abandonado la fortuna! ¡Los prusianos y los rusos han invadido nuestras fronteras.... están ya en nuestra tierra.... han atravesado el Rhin, y Francia está perdida!

— ¡Perdida! dijo la marquesa, exaltada por el honor de su nacion con toda su pasada gloria. ¡Francia no puede sucumbir!

— Francia no sucumbirá, repuso el caballero; pero la va á diezmar la guerra, y esa horda de estrangeros tiene mucho de que desquitarse, para que no sean temibles sus venganzas.... Por lo que á nosotros hace, es preciso que nos vayamos de aquí.... una columna enemiga viene, segun dicen, en esta direccion, y aquí no hay ya seguridad....

Blanca nada habia oido ni entendido desde que vió abortado el proyecto del caballero, y esta esperanza burlada aumentó la gravedad de su mal.

La prediccion de S. Lorenzo no tardó en realizarse, pues á la noche siguiente resonó en todo el valle el siniestro estampido del cañon, conmoviendo hasta en sus cimientos la apacible casa de las Rosas; y cuando por la mañana del día inmediato quisieron irse sus habitantes, supieron que los estrangeros eran dueños del país por todas partes, y que ya era imposible huir. Era además inminente un encuentro entre los franceses y los aliados, pues se aproximaban dos cuerpos de ejército, y el choque debía ser espantoso y sangriento, como el de dos rayos que chocaran entre sí. Al despuntar apenas la aurora se avista-

ron las vanguardias rusa, prusiana y francesa, y dos horas despues estaba empuñado un combate terrible, en el que estuvo por largo tiempo indecisa la ventaja, haciéndose prodigios de valor por ambas partes; en lo mas fuerte de él tuvo lugar el extraño episodio que vamos á referir.

Dos hombres, dos gefes sin duda, á juzgar por sus insignias, se hallaron casi separados de sus tropas, por uno de esos azares de las batallas, y seguidos únicamente de algunos soldados de caballería. Un motivo igual los habia llevado á reconocer un desfiladero bastante distante del sitio del combate, y uno y otro iban temiendo sin duda una sorpresa por aquel sitio. Así que la configuracion del terreno les permitió verse, se oyeron dos gritos al mismo tiempo, como si se conocieran; y el de mas edad de los dos, lanzándose sobre su adversario con impetuoso arrojo, se halló tan cerca de él, que se tocaron los pretales y se mezcló la espuma de los dos caballos.

— ¡Al fin, dijo el francés, al fin lo encuentro! ¡Por vida mia, que la guerra es buena para algo!

Y arrojando en seguida el sable, y tomando una pistola de arzon, la descargó contra su adversario, que exclamó, firme aun sobre la silla, y volviéndose á los suyos:

— No hagais fuego á ese hombre.... ¡Tenia derecho para matarme! Pero estas heroicas palabras fueron las únicas que pronunció el extranjero: brotó de su boca un rio de sangre, soltó las riendas del caballo, y cayó rodando al suelo. En el mismo instante partieron diez tiros de su escolta: y el francés cayó, atravesado por todas partes, y espiró al lado del que le queria salvar la vida.

Aquel dia, ¡dia nefasto! nuestras tropas fueron batidas, deshechas y vencidas.... ¡Habian perdido á su gefe!... ¡El mariscal duque de A.... habia muerto!.

La casita de las Rosas habia variado completamente de aspecto: el ruido y la agitacion reinaban en ella por todas partes: el valle de Marmoutier se habia trasformado en un vasto campamento, y la marquesa de Montaran habia abierto su modesta habitacion, y dedicándose á la asistencia de las víctimas de la guerra, amigos ó enemigos. Esas mugeres, ó por mejor decir, esos ángeles que se encuentran en todos los sitios en que se padece, en todos los que hay miserias que aliviar, esas santas hijas de Dios, compañeras de los heridos, enfermeras de los que padecen, esas buenas religiosas, cuya piedad práctica ruega al cielo, no tanto con sus labios como con sus obras, habian acudido á aquellos lugares devastados por la guerra, de un convento que ocupaban cerca de Saverna, y haciéndose cargo de las víctimas, les prestaban toda clase de auxilios, y los asistian con la mayor caridad.

Varias de ellas habian sido destinadas por la superiora al servicio de la casa de las Rosas, convertida en hospital provisional, pero que por su pequeñez no podia contener sino un corto número de heridos, los cuales se hallaban reunidos todos en un granero bastante capaz, á escepcion de un oficial superior, que habian colocado en la sala principal del piso bajo; lo demás de la casa lo ocupaban sus dueños. La marquesa de Montaran era la única que habia recibido al desgraciado herido, porque Blanca, cuyo padecer aumentaban todas estas emociones, no salia de su cuarto, y el buen caballero habia corrido al campo de batalla, á ofrecer sus servicios á sus compatriotas, y socorrer á los que lo necesitaban.

Una noche serena, clara y estrellada, cubria con su fúnebre manto aquel gran catafalco erigido por el cañon, y ya no se oian en el campo mas que las voces de los centinelas, y los quejidos de los moribundos. La marquesa, sentada á la cabecera de la cama de su hija, le hablaba del pobre jóven que habia recogido, próximo á morir, tal vez, en la aurora de su vida, pues su herida era muy grave, y el médico no se atrevia á pronosticar nada, á causa de la gran calentura que lo tenia postrado.

—¿Es francés? preguntó Blanca.

—No, contestó la marquesa, es uno de los principales gefes del ejército ruso.

Al oír esto Blanca, cogió la mano de su madre, y le dijo:

—¡Ah, cuidadlo mucho!... cuidadlo, acordándoos de él.... ó mas bien pensando en mí!

La marquesa le prometió hacerlo así, y se fue.

Blanca no pudo conciliar el sueño: desde que supo que estaba inmediato á ella un compatriota de Odoardo, le hervia la sangre en las venas, una excitacion nerviosa confundia sus ideas, le latía fuertemente el corazon, y solo rendida por la violencia de sus emociones se quedó adormecida un instante. De repente interrumpió su ligero sueño un extraño suceso: habia creído oír su nombre repetido muchas veces por una voz que estaba profundamente grabada en su alma, mas suponiendo que seria una ilusion producida por el sueño, cerró los ojos para volverse á dormir y oír de nuevo la voz querida. Pero esta vez pudo convencerse de que no se engañaba: era su nombre, el nombre de ella, el que se pronunciaba: era su voz, la voz de él, que la llamaba.

Trémula entonces, agitada, con la cabeza fuera de la cama, conteniendo la respiracion, prestando suma atencion al menor ruido, observó que las palabras que la habian alarmado, llegaban á ella por el pavimento de su cuarto, que siendo de tablas delgadas de pino, era un excelente conductor para transmitir los sonidos. Debajo de la pieza que ocupaba estaba situada la sala en que descansaba el herido, y al ocurrirle esta idea, se apoderó de ella una especie de delirio, y saltando de la cama, cubriéndose apenas con la primera ropa que halló á mano, y prestándole fuerzas su amor, salió de su cuarto, bajó ligeramente la escalera, y abriendo precipitadamente la puerta de la sala, se quedó parada en el umbral, llena de temor y esperanza. Sobre una cama preparada á la ligera, reposaba un jóven, pálido como la muerte, medio recostado y descansando la cabeza sobre el hombro de una hermana de la caridad. Aquella santa muger lloraba, y tenia su cabeza inclinada hasta tocar con su frente la del moribundo, con lo cual no dejaba ver su cara. Al ruido que hizo la puerta, levantó la cabeza la hermana, y Blanca dió un grito de terror y alegría, porque á un mismo tiempo conoció en el herido á Odoardo, y en la religiosa que lo asistia á la duquesa de A.... Esta, figurándose así, se fue á ella al momento y le dijo:

—Os llamaba, señora.... y Dios es el que os envía á su lado.

Blanca nada oyó, porque un solo pensamiento la ocupaba: él.... su vida.... ó su muerte; y corriendo al lado del príncipe y abrazándolo, unió sus brazos á los de la duquesa, y ambas confundieron sus lágrimas y sus acciones por la salud de su único amor.

La noche se pasó entre alternativas de temor y esperanza, sin sentir Blanca su debilidad, pues sus palpitantes emociones parecia que la volvian á otra

nueva existencia. Una ligera señal del enfermo hizo conocer á la piadosa hermana que iba á recobrar sus sentidos, y le dijo á Blanca:

—Señora, ya está fuera de peligro.... creed á la experiencia que he adquirido en dos años de egercer mi ministerio, vivirá.... su primera mirada os pertenece á vos... en adelante el contento y la satisfaccion serán su mejor médico. No le habéis jamás de mí.... No hay nadie que no me crea muerta, menos la adorable reina que fue mi amiga, y el respetable médico, su generoso cómplice. El mundo cree sepultadas mis cenizas en la tierra de mi familia, adonde llevaron el féretro que me recibirá muy pronto; yo expio grandes faltas en un asilo de beneficencia y de paz. Pero Dios me ha concedido dos dichas, que serán mi eterno consuelo en esta vida y en la otra: he vuelto á ver al padre de mis hijos.... y á la muger, cuya ternura les ha dado á ellos otra madre.

Ahora ya, quedaos con Dios.... voy á rogar por vos.... y por él.... añadió. Pocos dias me quedan de estar en el mundo.... y espero que muy pronto estaré para siempre en el cielo.

Dicho esto, se fue la religiosa.

Odoardo abrió los ojos, y al ver el dulce rostro de Blanca, un rayo de loca alegría iluminó sus facciones. Puso en seguida con el mayor silencio su mano sobre la mano de su esposa, como para asegurarse de que no soñaba, y así que sintió que la presion de esta mano respondía á la suya, fue tal su sorpresa, que se desmayó. Cuando volvió en sí, lo esperaba el mas dulce y tierno espectáculo: Blanca habia reemplazado á la duquesa, y sostenía la cabeza del príncipe sobre su pecho. Edgardo y Méry lo tenían abrazado. El fiel Voromsot, traído por el caballero del campo de batalla, donde buscaba á su hijo adoptivo, lo miraba con ternura, y la marquesa, de rodillas, imploraba del Señor una existencia, de que dependía la de una hija adorada.

—¡Dios mio! exclamó el herido con débil y suplicante voz: ¡no me dejes morir ahora, despues de haberme hecho ver tanta felicidad!

Los deseos del príncipe se vieron cumplidos: su estado mejoraba diariamente; y por un sensible efecto del poder magnético del amor, Blanca parecia renacer con él, revivir con la vida de su esposo. Al fin se trasladaron á París, pero unidos, felices é inseparables. Los dos preciosos niños continuaron ignorando siempre que Blanca no les habia dado el ser, pero diariamente rogaban á Dios por una *amiga* de su madre, que ella nunca les nombró.

En cuanto al conde de Voromsot y al cumplido caballero, verdad es que todavía regañaban alguna vez, pero no por esto dejaron de ser buenos amigos; y el conde, además, era tan galante con la vieja marquesa, que S. Lorenzo no podia estar mucho tiempo enojado con el *padre Daquin*. Este, al entrar un dia en su cuarto, le entregó una carta que acababa de recibir, y cuyo contenido puede interesar al lector. Decia así:

«Mr. Anatolio Simonet, notario, sucesor de Mr. Bonami, tiene el honor de participaros su enlace con la señorita Victoria Chapusot.»

FIN.

REVISTA SEMANAL.

TEATRO. *La Gisela* ó *Las Willis* ha sido la novedad de la semana, y de aquellas novedades de que nunca habia disfrutado el público, y que acaso no volverá á disfrutar concluida la actual temporada. El argumento del baile es harto conocido para que fastidiemos á nuestros lectores con explicárselo: la música, aunque no tan linda ni espresiva como la del *Lago*, es sin embargo muy bella y adecuada al asunto: la egecucion ha sido superior á todo encomio. La señora Guy, esa artista que presta á los movimientos de su admirable danza una poesía indescriptible, esa paloma que se balancea y ondula como una flotante gasa, ha estado como nunca inspirada y ligera: imposible nos parecia que nadie se pudiera morir bailando sin hacernos reir y casi casi hemos corrido el peligro de llorar. Baste esto solo para explicar el mérito de la célebre sílfide que siempre acoge el público con merecido entusiasmo. La señora Laborderie ha debutado con un *pas de deux* en que la acompañaba el señor Massot, y no desmerece á nuestros ojos de la justa fama que la precedia: ligereza, finura, egecucion fácil, gracia y apostura, mas española que francesa, son cualidades que la distinguen y que el público premia con repetidos aplausos. El señor Goutié reúne á un bello personal una egecucion atrevida y extraordinaria ligereza: es digno compañero del señor Massot. La graciosa Leblond tambien fue muy aplaudida en la *reina de las Willis*, lo mismo que la ligera Palmira á quien recibe el público con singular aceptacion. Los trages, la maquinaria, el aparato escénico, todo fue esmerado y digno del público á quien se ofrecia. Pero.... ¡qué público tan ingrato! ¡qué público tan anti-coreográfico-dramático-lírico! á la segunda representacion de este espectáculo tan notable asistieron 400 personas y á la cuarta 100. El que quiera una buena breva que tome el teatro para el próximo Setiembre, y por mi abuela que si no corre un buen bromazo pierdo el nombre que tengo. Entre tanto felicitamos á la empresa por su buen gusto y acertada eleccion.

La compañía dramática no ha presentado ninguna novedad de que debamos ocuparnos, á escepcion de *Fabian el mulato*, de quien hablaremos en el primer número del Fenix.

El señor Natale ha cantado otras dos noches con indulgente aplauso, acompañado en una de ellas de una discípula..... ¡pero qué discípula! el miedo sin duda le tenia embargadas las facultades.

. *Viene el cólera ó no viene el cólera?* el señor Freán ha presentado esta cuestion y está pronto á sostener la negativa. Nosotros no somos médicos, pero nos gusta tanto llevar la contraria que apostaríamos algo á que nos hace una visita.

La Mosca.

ADVERTENCIA.

Con este número termina la REVISTA EDETANA. El próximo domingo verá la luz el primer número del FENIX y la primera lámina del Album; todo con arreglo á lo que se manifiesta en el prospecto que por separado repartimos.

ÍNDICE.

ANTIGUEDADES Y BELLEZAS DE VALENCIA.

La Cueva Santa, página 49.
Marquesado de Lombay, p. 65 — 97.
El Puig, p. 81.
Los Baños del Almirante, p. 101.
Colegio andresiano, é Iglesia de las Escuelas Pías, p. 257 — 273 — 289 — 305 — 321 — 337 — 369 — 401 — 449 — 481 — 497 — 513.

POESÍAS.

Esperanza y Amor, p. 4.
A Neri, p. 20.
A la señora Doña M. de O. y D. M. T., p. 21.
Los dos rizos, p. 53 — 67.
Pago de una deuda rancia, p. 69.
A D. José Zorrilla, p. 99.
Rodrigo Díaz de Vivar, p. 151.
Romance, p. 214.
Sonetos, p. id.
El Abad Duncanió, p. 228 — 244.
Rossini, p. 261.
Adoracion de los tres reyes, p. 310.
El Castillo maldito, p. 342 — 356.
El Desamor, p. 377.
Fantasia elegíaca, p. 391.
Emblemas de los jardines, p. 410 — 421 — 441.
Al Sol, p. 469.
La Estacion de los nortes, p. 484.
Introduccion al poema de María, p. 499.
El Memorialista, p. 518 — 533.
A una fuente, p. 525.
A Jehová, p. 538.
A mi madre, p. 548.

Epigramas, p. 553.
A una lágrima, p. 563.

HISTORIA.

PASAGES BÍBLICOS.

Ruth y Noemí, p. 22.
Tobías, p. 70.
Castidad de Josef, p. 225.
Zacarías y Elisabeth, ó Juan el Precursor, p. 241.
María y Josef, p. 242.
Nacimiento del Señor, p. 263.
El jóven Eleazar, p. 433.
Elieser y Nephtali, p. 455.
Sociedades secretas en Alemania y Suiza, p. 105 — 117 — 134 — 164 — 177 — 180 — 196 — 293 — 314 — 323.
Las Hijas de D. Rodrigo Díaz de Vivar, p. 113 — 129 — 148 — 161 — 193.
Tabla cronológica de los Patriarcas antes del diluvio, p. 145.
Los Vándalos, p. 291.
Resúmen de la historia de Jerusalem, p. 417.
Recuerdo de la batalla de Almansa, p. 435.
Documentos que pudieran servir para ilustrar la historia de D. Quijote, p. 437.
Carlos IX y Jacobo Amyot, p. 467.
Napoleon y Washington, p. 549.
Siglo XIV, p. 561.

BIOGRAFÍAS.

William Shakspeare, p. 425.
El Cardenal de Lorenzana, p. 505.

El Ticiano, p. 515.
D. Mariano Cubi y Soler, p. 535.
Maquiavelo, p. 545.

COSTUMBRES.

La Feria de Játiva, p. 1.^a
El Cabañal, p. 17.
La Mona de pascua, p. 502.

NOVELAS.

Un Misterio, p. 5 — 23 — 56 —
 72 — 155 — 167 — 184 — 214 —
 248 — 267 — 281 — 298 — 317 —
 330 — 362 — 381 — 394 — 414 —
 427 — 445 — 458 — 473 — 490 —
 510 — 526 — 542 — 554. — 567.
Los dos extranjeros, p. 33.

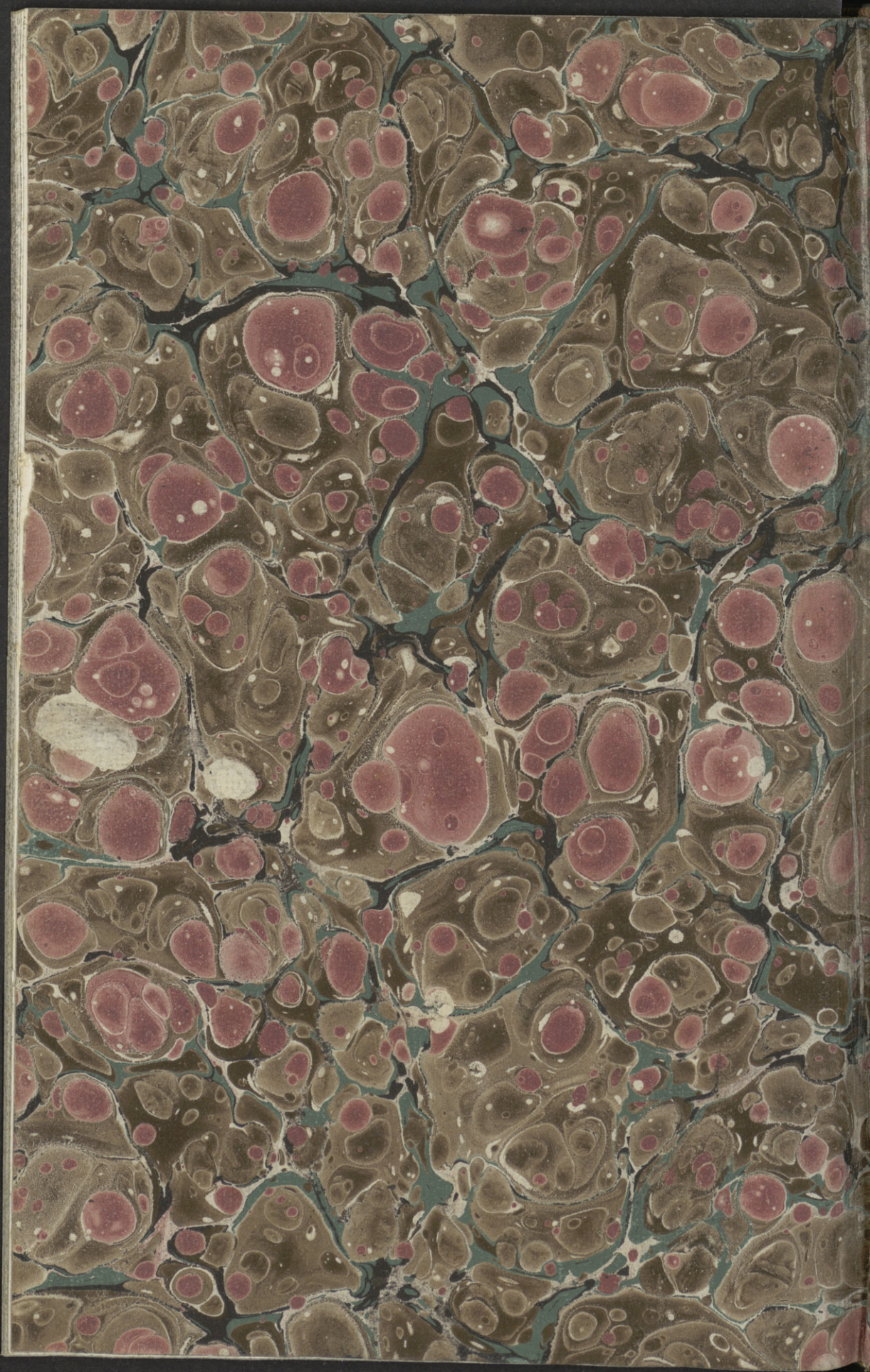
VARIEDADES.

Meting Canino, p. 37.
Cosas de mundo, p. 85.
Comercio, derechos de puertas, depósitos domésticos, p. 89.
Organización militar del antiguo reino de Valencia, p. 115.
El Cementerio general, p. 131.
El Sepulcro de Petrarca, p. 209.
El Lord Byron, p. 211.
Modas, p. 219.
Panteon de Balmes, p. 220.
Lope de Vega y sus obras, p. 226.
Máximas y pensamientos, p. 227.
Exposición pública de Valencia en el año 1848, p. 243.
Ibrahim-Bajá, p. 264.
Descubrimiento del vapor, p. 265.
El Doctor Huberti, p. 276.
Homero, p. 279.
Sociedad valenciana de Fomento, p. 306.
Mision en París, p. 327.

Ensayos filosóficos, p. 339.
Consideraciones sobre la propiedad, p. 348 — 360.
Venecia, p. 353.
Estudios del corazon, p. 354 — 379 — 418.
Monte Olivete, p. 371.
Las Ruinas de Tebas, p. 385.
Socialismo y sociedad, p. 387 — 403.
Misiones de las Indias orientales, p. 407.
Academia de los nocturnos, p. 426 — 434.
Argel ó la Argelia, p. 451.
Hechos curiosos de historia natural, p. 454 — 472.
Remitido, p. 456.
Misiones de la Australia, p. 465.
Semana Santa, p. 482.
Descripcion del Templo de Salomon, p. 485.
Las Maravillas, p. 505.
Semanario conciliar, p. 509.
 1534, p. 520.
Carraixet, p. 522.
La Divina comedia del Dante, p. 529.
Una cena con el cardenal de Riche-lieu, p. 540.
El Convento y el teatro, p. 550.
Mejoras públicas, p. 562.
Estudios filosóficos sobre la muger, p. 564.

REVISTA SEMANAL POLÍTICA, DE TEATROS, ETC. ETC.

Páginas 11 — 27 — 43 — 58 — 74 —
 91 — 108 — 121 — 138 — 156 —
 170 — 189 — 191 — 203 — 207 —
 221 — 224 — 232 — 237 — 256 —
 270 — 272 — 285 — 288 — 304 —
 320 — 334 — 366 — 384 — 397 —
 431 — 447 — 463 — 479 — 511 —
 528 — 554 — 560. — 572.



Biblioteca  Valenciana



31000009754931

